

Habitaciones

Rooms

ÁNGEL GONZÁLEZ

De la revista *Zehar*, Boletín de Arteleku, núm. 13, noviembre-diciembre, 1991. Este breve texto es un extracto de la ponencia presentada por Ángel González en el seminario *Cualquiera. Todos. Ninguno*, que tuvo lugar en Arteleku. Ángel González es crítico de arte, coautor junto con J. J. Lahuerta de la monografía *Juan Navarro Baldeweg* y colabora ocasionalmente con la revista *Arquitectura*. Su artículo "El silencio de Rothko se exagera" apareció publicado en *Arquitectura*, 281, noviembre-diciembre, 1989, págs. 108-117.

From the journal Zehar, Boletín de Arteleku, n° 13, Nov.-Dec. 1991. This brief text is an extract from the contribution presented by Angel González to the seminar, Cualquiera. Todos. Ninguno. [Anyone. Everyone. No-one], a seminar which took place in Arteleku. Angel González is an art critic, joint author with J.J. Lahuerta of the monograph, Juan Navarro Baldeweg, and occasional contributor to Arquitectura. His article "El silencio de Rothko se exagera" ["Rothko silence is exaggerated"] was published in Arquitectura, 281, Nov.-Dec. 1989, pp. 108-117. Translated by Christopher Emsden.

¿Cuántos metros cuadrados le corresponden a cada ciudadano soviético en 1991? En 1975

las estadísticas oficiales daban siete, aunque no solían pasar de cuatro en la práctica, y su número puede haber ido incluso a menos con los años. Por debajo de cuatro metros cuadrados, ¿quién se atrevería a hablar de habitaciones? Brodski lo ha hecho; pero él mismo reconoce que los cuarenta que compartió con sus padres en Leningrado constituían una excepción afortunada. Esos pocos metros de más resultaron ser muy importantes. "En ellos —dice Brodski— se puede instalar una librería; o mejor aún: un escritorio".

También nosotros deberíamos saber algo de esa mengua. Lo malo es que Occidente sólo lo sabe en forma de compasión; o lo que es peor: con los nombres, habituales en los debates académicos, de vivienda racional y mínima. El problema, desde luego, consistiría en saber si dos, tres y hasta cuatro metros cuadrados por persona resultan razonables; pero como cínicamente concluía ya Martin Wagner en 1931 a propósito, precisamente, del caso soviético, "eso es algo que depende exclusivamente de la riqueza económica de un pueblo y no de la buena o mala voluntad de sus dirigentes y administradores". La conclusión —provisional para la izquierda en 1931 y definitiva para la derecha en 1991— de que los rusos son pobres no resuelve, sin embargo, ese problema de más o menos metros que los propios arquitectos y urbanistas soviéticos de los años veinte ni siquiera soñaban con resolver".

How many square metres were allocated to an average Soviet citizen in 1991? In 1975, the official statistics gave seven, even though in practice there rarely tended to be more than four, and this number may have diminished over the years. Below four square metres —who would dare to speak of rooms? Brodski did it; but even he recognized that the forty he shared with his parents in Leningrad constituted a very fortunate exception. Those few extra metres could turn out to be very important: "In them", says Brodski, "one might put a library; or even better —a writing-study".

We also ought to know something about this terrible deficiency. It is bad enough that the Occident only knows it through the form of compassion and pity —or worse— through the names, typical in academic debates, of rational and minimal (ist) housing. The problem, of course, would be to know if two, three, and up to four square metres per person are in fact reasonable; but, as Martin Wagner cynically concluded on this point in 1931, specifically regarding the Soviet case; "that is something that depends exclusively on the economic wealth of a people, and not of the good or bad intentions of its directors and administrators". The conclusion —provisional for the left in 1931 and definitive for the right in 1991— that the Russians are poor does not, for all that, resolve that problem of more or less (square) metres that the Soviet architects and urban planners of the twenties could not even dream of resolving.